

DE LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD AL MITO DE LA BELLEZA

*Laura BRANCIFORTE Rocío ORSI
Universidad Carlos III (Madrid)*

Con este breve escrito queremos subrayar la importancia que tuvo y sigue teniendo la figura de Betty Friedan, una mujer que, a pesar de ser norteamericana, con su vida y su principal obra, inspiró y contribuyó a desatar la segunda ola del feminismo en todo el mundo occidental. Su obra más conocida, *La mística de la feminidad*, fue publicada en Estados Unidos en 1963 y ganó el premio Pulitzer en 1964. A menudo se compara, por su fuerza y capacidad de penetración, con *El segundo sexo*, la obra de la otra gran feminista de la llamada segunda ola, la pensadora existencialista Simone de Beauvoir. Ambas obras pertenecen a momentos y ámbitos diferentes, pero han marcado de forma igualmente indeleble el feminismo occidental. Betty Friedan, que desapareció el pasado 4 de febrero con 85 años, es recordada como una feminista activa y militante durante los años sesenta y setenta y, en general, durante toda su vida; como una mujer fuerte y carismática que hasta hace bien poco, en su autobiografía de 1999 y casi octogenaria, decía sentirse todavía "en plena forma".

Además de su revolucionario ensayo, a Betty Friedan se le debe la fundación de al menos cuatro grandes organizaciones de mujeres, de las cuales la más conocida fue la pionera NOW. Fundada en 1966, la NOW (National Organization for Women) fue la sede desde la que se orquestó una revolución cuyo alcance ni siquiera sus propias protagonistas podían sospechar: "sigo sin poder acabar de creerme que nosotras, mujeres normales y corrientes, iniciáramos una revolución que

transformó la sociedad". Desde esta organización, y en el marco de un feminismo igualitario, Friedan reivindicaba la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres en todos los ámbitos pero, muy especialmente, reivindicaba el derecho de las mujeres al trabajo: a un trabajo de verdad y no a empleos provisionales que entretuvieran a las jóvenes hasta que llegara el momento de casarse. Así lo recuerda en el primer borrador de la Declaración de Principios de NOW: "ha llegado el momento de enfrentarse, con acciones concretas, a las condiciones que ahora impiden a las mujeres disfrutar de la igualdad de oportunidades y de la libertad de elección a las que tienen derecho, como norteamericanas y como seres humanos" (Friedan, 2003: 236). NOW nacía en un momento en que lo que estaba en juego era uno de los logros fundamentales en la lucha por la igualdad: el Título VII de la Ley de Derechos Civiles, proclamado en 1964 y que prohibía la discriminación en el trabajo por razón de raza y de sexo. Este movimiento feminista coincidía con el despertar de una amplia explosión de movimientos libertarios: con la reivindicación de los derechos civiles de los negros,¹ con las protestas estudiantiles y con las organizaciones pacifistas que emergieron contra la guerra de Vietnam.

Pero, sin lugar a dudas, lo que realmente "cambió la vida" de tantas mujeres fue *La mística de la feminidad*, una obra que continúa la tradición del feminismo liberal occidental que se remonta al pensamiento de Mary Wollstonecraft y de John Stuart Mili, y cuyo objetivo principal fue la extensión de los principios ilustrados a las mujeres, es decir, la reivindicación de su igualdad jurídica con los hombres.² El feminismo liberal es también un movimiento ilustrado que aparece como reacción a prácticamente toda la tradición filosófica que, desde Aristóteles hasta la modernidad y, paradójicamente, de manera muy especial con la aparición de los movimientos igualitarios de la Ilustración, sancionó la inferioridad (natural o normativa) de las mujeres respecto de los hombres y su necesaria exclusión de la vida política.³ Con su pensamiento Friedan logra recortar una distancia temporal de ciento cincuenta años desde que en 1792 se publicó la *Reivindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft, y una distancia geográfica entre dos continentes. En esta línea, Friedan llama la atención sobre la estrecha conexión entre lo público y lo privado, niega la especificidad de la natu-

raleza femenina y subraya la igual capacidad de mujeres y hombres. No es que aporte *ideas* significativamente diferentes de aquellas que ya aportaron las primeras feministas: su defensa de la ciudadanía y la igualdad es virtualmente la misma. Así, en el contexto *ya* legalmente paritario de los Estados Unidos en los años 60 y 70, una paridad que se obtuvo tras las acciones de las sufragistas (especialmente Susan Anthony, Elisabeth Stanton y Lucy Stone), Friedan reafirma la necesidad de una educación para las mujeres que les ofrezca la posibilidad de realizar sus plenas potencialidades fuera de la esfera doméstica. Denuncia, pues, la desigualdad no tanto legal sino *factual* de oportunidades entre hombres y mujeres, la disyunción entre la supuesta objetividad institucional o la igualdad formal de derechos y los prejuicios que de hecho funcionaban en toda la sociedad y la consiguiente desigualdad real de género. La diferencia, pues, estriba en que Friedan percibe cómo el imaginario social socava los logros de una organización civil paritaria y se preocupa por individuar cuáles son esos elementos del imaginario orientados a conservar la imagen tradicional de las mujeres.

En su célebre libro, Friedan analiza minuciosamente un malestar que afectaba a las mujeres estadounidenses de clase media cuyas causas y mecanismos eran todavía desconocidos. Tanto, que este malestar empezó a ser individualizado como "el problema que no tiene nombre" (*the problem that has no name*). Pronto Friedan identificaría en la "la mística de la feminidad" los discursos que subyacían a esa dolorosa e innombrada experiencia: la mística de la feminidad es un modelo educativo difundido como paradigma imperante después de la Segunda Guerra Mundial que preconiza la vuelta de las mujeres al hogar como el sitio donde verdadera y felizmente podrían realizarse. Esta mística de la feminidad es uno de los elementos reaccionarios que han aparecido como respuesta a la movilidad y visibilidad que las mujeres adquirieron en la esfera pública durante la Segunda Guerra Mundial. Dicha involución del lugar político y social de las mujeres será un fenómeno común a todo occidente: una vez finalizadas las guerras, y a pesar de que las mujeres habían desempeñado en ellas papeles de gran importancia, tanto en la retaguardia como en primera línea, las mujeres experimentan un retroceso tanto en su valoración social como en sus posibilidades de participación en el espacio público.

El modo en que Friedan desenmascara la lógica que opera bajo esta mística hizo de su obra mucho más que un libro: contribuyó poderosa y visiblemente a cambiar el rumbo de la historia y de las vidas particulares de muchas mujeres y de muchos hombres. Pero no sólo eso: transformó, incluso, el modo de pensar y de pensarse de esos hombres y de esas mujeres, y dio lugar incluso a cambios importantes en el terreno de las ciencias sociales. De ese modo, *La mística* está basada principalmente en fuentes orales, en entrevistas, colocándose así, por la propia elección metodológica de Friedan, en un camino innovador en los estudios de género y en la historiografía, los cuales han seguido desde entonces utilizando las experiencias directas de las mujeres como fuente principal para el conocimiento de la subjetividad femenina y para el análisis general de los problemas de género en su contexto social. Al escuchar y plasmar sus voces, la historia que Friedan ha pincelado de la memoria de estas mujeres no es un recorrido por su opresión histórica, no es un cuadro de dominadores y dominadas, sino que parte de la necesidad que tienen estas mujeres de conquistar un papel propio transformándose de objeto a sujeto en la historia. La experiencia misma de la autora es una experiencia de frustración laboral y familiar: su infancia se vio enturbiada por una madre permanentemente insatisfecha y su vida laboral se truncó cuando la despidieron al quedarse embarazada. Así, Betty Friedan escribió un libro que, según ella misma, "aunque objetivo en cuanto a técnica y basado en datos reales, procedía de mi verdad personal, de mi observación personal (...) y de mi rechazo de lo que se ha dado en llamar la verdad aceptada, la verdad de los expertos en ciencias sociales, la verdad psiquiátrica, cuando no coincidía con mis propias observaciones, mi propia búsqueda de claves para una verdad nueva y más amplia sobre las mujeres" (Friedan, 2003: 139). Este enfoque convierte al libro no en una historia de opresión sino de reivindicación positiva de una nueva subjetividad femenina, y este vuelco ha abierto caminos inusitados a nuevas actitudes y nuevas aproximaciones en la teoría y en la práctica feminista, así como en la metodología y la escritura de la historia de género: no se trata tanto, pues, de insistir en la oprobiosa ausencia de las mujeres en la historia cuanto de recuperar su activa aunque velada presencia en la misma.⁴ De hecho, una de las partes más bellas del libro es aquella en que narra la historia de las pri-

meras feministas y de sus luchas, ahora leídas bajo el extraño estupor de los derechos ya adquiridos, y donde cuestiona todo un conjunto de tópicos muy ligados a sus vidas y personas: esas primeras feministas, nos cuenta, no fueron solteronas ni hambrientas sexuales, sino que "amaron y fueron amadas (...) en una época en que el apasionamiento erótico de la mujer estaba tan prohibido como la inteligencia".

Según la propia autora, la expresión "mística de la feminidad" se emplea para describir un conglomerado de discursos y presupuestos tradicionales acerca de la feminidad que obstaculiza el compromiso intelectual y la participación activa de las mujeres en su sociedad. Esta "castrante" imagen de lo femenino ha sido en buena medida fomentada por Freud y el psicoanálisis, que ven en la neurosis femenina y en los intentos de autonomía o éxito profesional por parte de las mujeres un síntoma inequívoco de su "envidia del pene", es decir, de su incómoda conciencia de inferioridad respecto del hombre y su consecuente inadecuación a su rol de mujer. Lo revolucionario del libro es que desentraña el mecanismo por el que esta bonita mentira se ha arraigado y mantenido en el imaginario colectivo tanto tiempo y a pesar de sus devastadores efectos sobre toda la familia: una mentira que Friedan ve emerger de las teorías psicoanalíticas pero que persevera e invade todos los ámbitos por obra de un discurso generalizado en la esfera pública y, muy especialmente, por las revistas femeninas de entonces y la publicidad. En este momento, el ama de casa se ha convertido en un agente económico de vital importancia no sólo por su papel a la hora de abastecer el hogar sino, sobre todo, porque su insatisfacción vital es conocida y aprovechada por los expertos en campañas publicitarias para venderle todo tipo de objetos con los que intenta subsanar su vacío existencial. Al identificar los factores económicos que están detrás del auge de la mística de la feminidad Betty Friedan inaugura una forma de feminismo que, como ya se apuntaba, no encuentra en el hombre una voluntad de dominio de la cual sea fruto la mentalidad patriarcal, sino que la mística es el resultado de un sistema económico que invade todos los ámbitos de la realidad social.

En resumen, el pensamiento de Betty Friedan ha contribuido enormemente al cuestionamiento de una "naturaleza" femenina ligada a la asunción de responsabilidades familiares como el cuidado de los hijos, los ancianos y los enfermos, así como a su exclusión de todo

poder social y político. La herencia de Friedan, por otro lado, se ve claramente en las feministas que han trabajado en el área de las ciencias sociales y que han desarrollado todo un sistema de pensamiento nuevo, pertrechado de conceptos revestidos de un nuevo significado como "trabajo de las mujeres", "doble jornada" o "trabajo doméstico no remunerado". En *La mística de la feminidad* se toma conciencia de la realidad del trabajo doméstico, línea que fue continuada en los años 70 pero, sobre todo, en la reivindicación de la infinita variedad de tareas que las mujeres han venido realizando desde siempre y que nunca han sido reconocidas como trabajo. Esta reivindicación ha contribuido enormemente a la reconstrucción de la presencia femenina y de su subjetividad por parte de las historiadoras que vienen trabajando, desde los años 70 hasta nuestros días, desvelando la amplitud del trabajo femenino en el transcurso de siglos de una aparente ausencia.

Como decíamos inicialmente, el punto de partida de sus reflexiones es un malestar inexplicable, desconocido pero presente en todas las mujeres de clase media y con estudios entrevistadas a finales de los 50 y principios de los 60. Este malestar no tiene nombre porque tiene que ver con la indigencia ontológica de las mujeres, con una reductora identidad personal de las mujeres que deriva de su insatisfacción al ver su realización personal restringida a las paredes del hogar. Un ámbito en el que ella misma ha elegido recluirse pero del que difícilmente saldrá sin sentirse culpable, frustrada o rechazada. A principios de los 60 Friedan observa el agudizarse de este problema sin nombre, al verificarse lo que define "como un súbito viraje sociológico" (Friedan, 1965: 38), que llevó a las mujeres a renunciar a sus carreras, recortando su libertad respecto de la de sus madres y abuelas, y dando lugar a un auténtico *baby boom* en Estados Unidos.⁵ Este retroceso no nos acaba de sorprender a la luz de la indiferencia hacia las cuestiones femeninas por parte de las generaciones que han sucedido a cada oleada de feminismo y atendiendo al enfriamiento general que caracteriza a nuestro presente. Si bien no es este el momento ni el lugar para hacer un repaso exhaustivo de los fenómenos de divergencia entre las disposiciones legales y la realidad social de las mujeres, sí debemos aludir al hecho de que *el problema que no tiene nombre* sigue siendo, hoy, un problema de las mujeres, tanto en el ámbito privado como en el público, y que es tarea del feminismo seguir poniéndole nombre.

Hoy, sin embargo, el problema adquiere otro cariz: la aparente paridad o incluso, a causa de las medidas de discriminación positiva, la superioridad de los derechos de las mujeres puede cuestionar la actual necesidad del discurso feminista. Sin embargo, la necesidad misma de dicha discriminación positiva nos pone sobre la pista de que existen, todavía hoy, multitud de problemas no resueltos. Ciertamente, lo que sí parece superado y resuelto es lo que Friedan identificaba como un componente fundamental de la mística de la feminidad tal como ella la vivió: la imposible conciliación entre la vida laboral o de carrera y la feminidad. Las mujeres norteamericanas de clase media de finales de los 50 viven una "esquizofrénica fractura" (Friedan, 1965: 73), entre feminidad y carrera que deriva de una imagen de la mujer trabajadora como amenazante e individualista, el reverso de la imagen de la mujer complaciente y amante esposa difundida por Rousseau o Freud. La conciliación entre la vida familiar y la vida laboral ya no sólo es algo aceptado sino incluso necesario para el sostenimiento de la mayoría de los hogares. A pesar de que nuestros sistemas educativos son muy mejorables, no son ya los que Betty Friedan denuncia como orientados a construir un modelo de mujeres pasivas, subordinadas, conformistas e incapaces de pensamiento crítico, con una falta tan absoluta de personalidad, mujeres que veían en el matrimonio la única vía de hacerse necesarias y de obtener una cierta identidad personal (Friedan, 1965: 241).

Friedan contribuyó a una revolución que transformó la sociedad entera de su época de tal manera que, superada ya la falsa dicotomía entre feminidad y carrera, hoy día las mujeres trabajadoras son una realidad cotidiana ampliamente difundida en occidente. Sin embargo, como la propia Betty Friedan abordó en su libro *La segunda fase* (1981), se hacían necesarios nuevos modelos para encajar de forma no traumática esta nueva situación. Como es evidente, el hecho de que las mujeres empiecen a compartir con los hombres las responsabilidades económicas no ha sido el fin de sus problemas, sino el comienzo de otros nuevos, ahora presentes en dos ámbitos: en el doméstico y el laboral. En el primero, porque la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo no les ha liberado de verse encasillada en su papel de "perla del hogar", como se deduce de la renuencia masculina a asumir paritariamente las responsabilidades domésticas comunes. Ahora, sin embargo,

la realización de estas tareas no es una fuente de realización para las mujeres sino *labor* en el sentido menos gratificante (en el sentido aredn-tiano) de la palabra. Betty Friedan cifraba la solución a las frustraciones derivadas de la mística en la realización de las mujeres en el ámbito laboral. Sin embargo, como nos muestran las estadísticas y las vivencias femeninas, sabemos que el ámbito laboral no garantiza siempre su realización personal: es de todos sabido que en general las mujeres cobran menos que los hombres, sus contratos son más precarios y tienen muchas dificultades para promocionar. Hoy día, el "problema que no tiene nombre" es, en el terreno laboral, un "techo de cristal", un conjunto de obstáculos que no se pueden ver, porque muchas veces operan por cauces informales, pero que impide de hecho la plena igualdad entre hombres y mujeres.

Como se decía anteriormente, Friedan encuentra no tanto en la voluntad de dominio masculina cuanto en razones comerciales las causas por las que la mística de la feminidad recupera ese esquema trasnochado: la mística es el resultado de un sistema económico extendido a todas las capas de la sociedad y que denomina "sexual sell", pues se trata de vender a las mujeres una identidad artificiosa construida a base de objetos (nuevos electrodomésticos, nuevas marcas de jabón) que le permitan reconciliarse con una imagen de sí mismas como esposas y madres. De manera que por más que en nuestra educación formal o reglada se hayan superado los prejuicios y discursos de la mística, lo cierto es que en nuestro imaginario social general la mística no ha sido, de ningún modo, superada. Esto lo podemos comprobar día tras día en la imagen estereotipada de las mujeres presentes en el imaginario social: en los anuncios, los programas televisivos e incluso en la propaganda política. De hecho, podríamos decir, con otra pensadora que suscitó un gran debate tanto en Norteamérica como en Europa, Naomi Wolf, una nueva "mística" ha operado de forma reaccionaria intentando socavar los logros que esa segunda ola de feminismo que contribuyó a levantar Betty Friedan había conseguido: el *mito de la belleza*. Este mito describe el hecho, bien conocido y de todos aceptado, de que las mujeres se encuentran presionadas en una medida mucho mayor que los hombres por un ideal de belleza que el imaginario presenta como indisolublemente unido a su éxito profesional y, en general, a su realización vital.

La belleza se transforma es un Requisito de Belleza profesional en lo que la autora describe con la sigla RBO y que condiciona la ascensión profesional. Este ideal, por otra parte, es el de la delgadez extrema, y a parte de que como *ideal de belleza* es espurio (nada tienen que ver con la *belleza* entendida como sensualidad sino con formas andróginas que realmente no refuerzan el atractivo femenino sino que lo invierten), tiene graves consecuencias sobre la salud física y mental de las mujeres. Sin embargo, no puede decirse sin más que el mito de la belleza haya sustituido a la mística de la feminidad, sino más bien que ésta se mantiene vigente y sigue estando incluida en un modelo más diversificado pese a que cambien sus formas o su contenido, y también pese a que se han diversificado los *modelos* de feminidad que el imaginario colectivo nos propone. Es a un modelo más complejo de belleza al que se dirige ahora el mercado publicitario actual, a una mujer profesionalmente realizada y al mismo tiempo de mujer eficiente en el ámbito familiar. Aunque nuestra cultura propone una pluralidad quizás inabarcable de formas en que se considera verosímil la realización de las mujeres -de modo que el dominio del mito de la belleza no es *tan* absoluto como Naomi Wolf parece proponer, si bien su presión es comparativamente mucho más acusada en el caso de las mujeres—, lo cierto es que sigue existiendo una forma de *sexual sell*. Pero no son ya los jabones y las cacerolas los objetos predilectos de ese *sexual sell*, sino cremas antiarrugas, tratamientos de rejuvenecimiento, de adelgazamiento, de belleza y, en general, todos esos objetos que hacen prosperar el mundo de la moda y tener ocupadas a las mujeres en lo que Wolf define como "un tercer turno" añadido a su tiempo de ocio. *Moda y belleza* son, hoy día, los elementos más sobresalientes -si bien no los únicos, pues aunque se ha redefinido no se ha eliminado la asociación de la mujer con su papel de esposa, madre, y dueña del hogar— de una mística de la feminidad que sigue limitando las aspiraciones femeninas. Esa nueva mística contribuye a mantener una dominación masculina que, como subrayaría Pierre Bourdieu, se ejerce fundamentalmente a través del imaginario: "siempre he visto en la dominación masculina, y en la manera como se ha impuesto y soportado, el mejor ejemplo de aquella sumisión paradójica (...) que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento

o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en el último termino, del sentimiento." Es decir, que pese a los progresos alcanzados en términos de paridad de derechos y ciudadanía, todavía no nos hemos deshecho suficientemente de una diferencia entre los sexos que pasa por ser *biológica* cuando no es sino "una construcción social naturalizada" (Bourdieu, 2000: 34) Como sostendrá Fátima Mernissi, las mujeres occidentales sucumben a una sumisión "mágica", la que podemos identificar con el *mito de la belleza*, y han sido confinadas a un *status* de objetos simbólicos sometidas siempre a la mirada masculina y, por eso, siempre inseguras de su propio valor. El feminismo no puede, pues, prescindir de la pista abierta por Betty Friedan y debemos seguir indagando cuáles son esos modelos simbólicos o esas formas de representación que socavan los logros que en la esfera de la ciudadanía y los derechos son ya una realidad.

Notas

¹ Tan íntima era la afinidad entre la reivindicación de igualdad de derechos civiles de los negros y de las mujeres que al incipiente movimiento feminista se lo llamará "una NAACP para mujeres" (Friedan, 2003, 218). La NAACP (Nacional Association for the Advancement of Colored People) es la organización que desafiaría las prácticas segregacionistas vigentes hasta la promulgación de la Ley de Derechos Civiles en 1964 bajo el auspicio de la administración Johnson.

² En su libro de 1792, *A Vindication of the Rights of Woman*, Mary Wollstonecraft sostuvo que las mujeres debían gozar de los mismos derechos que los hombres dada su común humanidad, mientras que John Stuart Mili, incansable divulgador del pensamiento liberal emancipatorio, mantuvo en *The Subjection of Women* que la sociedad debía organizarse de acuerdo con principios racionales y obviando los accidentes de nacimiento -como el de nacer mujer-.

³ Sobre el sesgo marcadamente sexista de la tradición filosófica y, de manera muy especial, de la filosofía ilustrada véase Valcárcel, 1997, caps. 1 y 2. Sobre el feminismo clásico como un movimiento ilustrado véase *ibídem*, cap.3.

⁴ En la actualidad cabría destacar a Joan Scott como la más eminente continuadora de una historiografía feminista que se basa en este enfoque.

⁵ La tasa de natalidad en Estados Unidos había alcanzado la de la India: Friedan,

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BEAUVOIR, Simone, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.
- BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- FRIEDAN, Betty, *La fuente de la edad*, Barcelona, Planeta, 1994.
- FRIEDAN, Betty, *La mística de la feminidad*, Gijón Júcar, 1974.
- FRIEDAN, Betty, *Mi vida hasta ahora*, Madrid, Cátedra, 2003
- MERNISSI, Fátima, *El harén en Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.
- WOLF, Naomi, *El mito de la belleza*, Barcelona, Emecé, 1991.
- WOLLSTONECRAFT, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 1994.